**PSICOLOGÍA: IDEOLOGÍA Y CIENCIA 2020 DISCURSO DE XALAPA**

**Néstor Braunstein**

[15 septiembre, 2020](http://nestorbraunstein.com/?p=741)

**RESUMEN.**

En esta segunda parte, Braunstein da las razones por las cuales había que continuar después de Psicología: Ideología y ciencia, de Freud a Lacan. Si bien en Psicología: Ideología y ciencia se proponía a la ciencia vs ideología, como poseedora de una verdad emancipadora; con Lacan se plantea que el sujeto del inconsciente queda excluido de la ciencia y en consecuencia la aspiración del psicoanálisis a formar parte de la misma sería un asunto que cuestionaría su propio estatuto de lo científico, y ya sin la inclusión del sujeto mismo como objeto de estudio, la misma ciencia queda limitada en la búsqueda de un conocimiento verdadero.

**Palabras clave:** Psicología, ideología, ciencia, psicoanálisis, significante, sujeto, inconsciente.

**SEGUNDA PARTE.**

Los psicoanalistas de los años ’70 que nosotros (y todos) éramos, adheríamos a estos principios básicos y creíamos que la verdad de lo olvidado en la infancia podría recuperarse en un psicoanálisis bien llevado superando la “amnesia infantil”. Era, en el fondo, una creencia iluminista: “la verdad os hará libres; con ella dejaréis de sufrir”. Esa “verdad” era la que se manifestaba en la situación analítica donde estábamos sumergidos: en los sueños, síntomas, actos fallidos y demás “formaciones del inconsciente”. En nuestro ambiente de provincia, en el fragor de las luchas de relevancia mundial (Cuba, Vietnam, la propia Córdoba, etc.) seguíamos con comprensible atraso la evolución de la enseñanza de Lacan concentrada en el amplio volumen de sus Escritos que habíamos comprado y leído en francés a poco de su aparición en 1966 y aprendíamos casi de memoria el Vocabulario del psicoanálisis de Laplanche y Pontalis que apareció en la misma época: en esa obra se disecaban las palabras freudianas, no era un mero diccionario del psicoanálisis, nos parecía que era el descifrador poliglota con que apurábamos nuestra lectura de Freud y el grimorio que transmitía, de modo infiel, la enseñanza inicial de Lacan, ignorando nosotros lo que éste iba produciendo en los años sucesivos de su seminario oral, posterior a los **Escritos**y más o menos simultáneos a nuestra aventura en la Universidad de Córdoba.

Por el atraso en las traducciones y quizás por nuestra propia absorción en los sucesos “históricos” en los que participábamos, junto a los adalides disidentes del psicoanálisis oficial que eran nuestros maestros y analistas, no leímos sino hasta 1977, cuando nuestro libro estaba ya incrustado en el público mexicano de las facultades de psicología, filosofía, pedagogía, medicina y antropología, no leímos a tiempo, decía, la conferencia titulada “Radiofonía” que tradujo Oscar Masotta y publicó Anagrama en ese año 1977 unido a otro texto en el que Lacan respondió a un interrogatorio al que lo sometió Jacques A. Miller con el equívoco título de “Televisión”. “**Radiofonía. Televisión**”.

¿Qué importancia puede tener la fecha en la que tuvimos conocimiento de ese texto, un libro más en los anaqueles de las librerías? ¡Enorme! En ese texto hablado Lacan dijo, en apenas diez palabras, lo esencial que echaba por tierra nuestra distinción y tajante oposición entre ciencia e ideología y daba nuevas bases epistemológicas para el psicoanálisis. Hay que repetirlas:

**“La ciencia es una ideología de la supresión del sujeto”.**

¿Nos damos cuenta? Diez palabras que desencadenaban un tsunami filosófico, un cataclismo para cualquier oposición razonable entre una “ciencia” buena y una “ideología” reprobable. La esencia de la ciencia, su proyecto, es la construcción de un saber del cual el sujeto, el sujeto mismo del que ella se ocupa y el sujeto que la produce y la practica, deben ser excluidos, suprimidos, expulsados. Todo el aparato de la “objetividad” científica estaba sustentado por un proyecto que era la exclusión del sujeto. ¿De cuál sujeto? Justamente del sujeto de la ciencia, el que la produce, transformado en una mera escoria dentro del proceso del conocimiento. Lo suprimido era, ni más ni menos, el objeto del psicoanálisis. El dilema no se podía plantear entre ciencia e ideología sino entre ciencia y sujeto. ¡Vaya cambio! La psicología, para ser “científica”, tiene que expulsar al sujeto de la cadena significante con sus pulsiones y sus pasiones.

Ya no se trataba de decidir si el psicoanálisis era o no una ciencia sino de pensar qué sería de la ciencia en la cual el psicoanálisis, es decir, el sujeto del inconsciente, tuviese su lugar, no estuviese excluido. La ciencia, proclamaba Lacan, no tiene otro objeto que este sujeto de la ciencia en tanto la ciencia lo excluye. Para conseguir ese objetivo “la ciencia” recurre a un artilugio presuntamente incuestionable que es el número y a un método para producirlo que es el método hipotético-deductivo capaz de arrojar “resultados” y de tratar esos datos por medio de las estadísticas. Proliferaron entonces muchos libros de “psicoestadística” que eran esenciales para la formación del psicólogo. Con la introducción del cálculo la subjetividad queda erradicada pues, usando la serie de los números naturales, se puede hacer que un sujeto y otro sujeto distinto del primero sean “dos” sujetos y preferiblemente muchos más para poder integrarlos en una “estadística” (o sea, el estado) de modo que un sueño y otro sueño hagan dos sueños, un alcohólico y otro alcohólico hagan dos alcohólicos susceptibles de ser tratados en estudios objetivos realizados sobre “n” sujetos con sus promedios, sus desviaciones estándar y todo ese aparato enseñado en las facultades de psicología como procedimientos que forman parte del ritual de la “investigación” según los marcos del famoso “método” que debe aplicarse cuando se escribe una tesis o se aspira a conseguir un cargo en la academia.

El “saber” de la ciencia, de esa ciencia, es el fundamento del discurso universitario (Lacan): el maestro como amo es un agente que se dirige al alumno ignorante, a la masa de estudiantes, a los objetos supuestamente ignorantes que se hacen sujetos, a su vez, de la producción de conocimientos que tienen valor curricular… a condición de que el inconsciente soñador y sintomático quede exiliado de la investigación. Nada del sujeto debe persistir en la comunicación “objetiva” de los resultados. El sujeto de la enunciación debe estar excluido del enunciado. No cabe en una publicación respetable, que va a ser sometida a arbitraje y evaluación curricular, decir “yo”: hay que recurrir al impersonal “se”.

La ciencia es, así, un esfuerzo perpetuo e infatigable por exiliar al sujeto, ese residuo indeseable que no se somete al cálculo, a la estadística, al imposible proceso de predecir cuál será su próxima frase, su próximo poema o su próximo sueño. El inconsciente es ese exceso, ese suplemento, que escapa a los más poderosos instrumentos cibernéticos de cálculo. Por eso, para excluir al sujeto, esta ciencia se concentra en un objeto al que pretende arrancar sus secretos como si en él, en el cerebro, estuviese albergado el infinito poder de producciones en el campo del discurso, tan inmenso o más que las conexiones de cada “conectoma” singular. Es el proyecto reduccionista ejemplificado por el de detectar en las sinapsis de Marcel Proust el tiempo perdido por el artista que se lanza a su búsqueda.

Creo que ahora se entiende de qué modo “la ciencia es ideología de la supresión del sujeto”. Se entiende por qué el saber tecno-científico es un obstáculo epistemológico cuya función es la omisión de la conciencia y del inconsciente, esa “otra cosa” diría Freud que el cerebro no puede explicar; esa sustancia lenguajera, lingüistérica si me permiten decirlo así, a la que se tiene acceso hablando con el sujeto de la experiencia y permitiéndole a él mismo descubrir lo que no sabe de su funcionamiento psíquico que es irreductible a los datos de la neurociencia por avanzada que esté. Ninguna imagen de resonancia magnética con sus bellos campos coloreados puede encontrar el sentido o la significación para el sujeto de lo que soñó anoche. Así es como podemos ahora practicar una “lectura sintomal” de los esfuerzos del programa reduccionista al servicio de una ideología que pretende brincarse a la subjetividad de los creadores de la película y de sus espectadores según el ejemplo que propuse de la proyección cinematográfica. Lo anticipó Freud: la localización de los procesos de conciencia o de la memoria no contribuye en nada a su comprensión, a su inteligibilidad.

Hay quien ha propuesto un experimento imaginario como los muchos que registra la historia del pensamiento científico. Imaginaba ese autor un “oniroscopio”, un aparato que por medio de artilugios cerebrales permite proyectar en una pantalla las imágenes del sueño de una persona dormida. Imaginaba también que esas figuras del sueño se proyectaban en cuatro cubículos donde cuatro neurocientíficos aislados “veían” el sueño objetivado en las pantallas. Los reunía luego en una sala de juntas y les preguntaba qué habían entendido del sueño y cuáles eran sus interpretaciones del mismo. ¿Podrían estar de acuerdo? Cada una de sus respuestas era el 25% del resultado de la investigación.

¿En qué consiste la experiencia psicoanalítica y cuál es la diferencia? Seguramente que los cuatro psicoanalistas tampoco se pondrían de acuerdo… excepto en una cosa. Que para interpretar el sueño haría falta que el sujeto estuviese en una situación de transferencia para con ese psicoanalista (no podría estarlo con cuatro) y que ese psicoanalista no interprete el sueño como si supiese lo que él significa sino que instaría al sujeto a que le cuente lo que soñó durante la noche, que transforme las imágenes en un discurso, en un relato tan incoherente como él quiera y el psicoanalista lo estimulará verbalmente para que produzca asociaciones en torno al recuerdo de lo soñado. A partir de esa experiencia de lenguaje que es una sesión el psicoanalista podría indagar sobre la manera en que el sueño se entreteje con lo que el sujeto ha pensado o sentido o recordado de anteriores sesiones o lo que a él en ese momento se le venga a la cabeza; el psicoanalista se abstendrá de producir una interpretación más sabia pues sabe que el sujeto del sueño es el inconsciente de ese sujeto, no comparable ni equiparable con ningún otro. Y que él no sabe lo que el sueño quiere decir, que al saber podrá alcanzarlo retroactivamente, a partir de lo que el analizante diga. Sabe también que el resultado nunca podría ser un saber definitivo, objetivable, cuantificable, sometido al cálculo estadístico. Ha aprendido que, si quiere saber, tiene que ignorar lo que sabe.

El espacio, la cuestión de la topología que puede servirnos, no es el espacio intracraneal entre las neuronas, no es el espacio donde se proyectan las imágenes captadas por el oniroscopio, no es el espacio de las pantallas. El espacio en psicoanálisis es aquel donde se realiza la transferencia que no es tampoco el espacio del gabinete donde tiene “lugar” (topos) la sesión: es un espacio cuyos modelos son la banda de Moebius o la botella de Klein que muestra la continuidad sin quiebres ni distancias mensurables entre la palabra del uno y la palabra del otro, donde han quedado abolidas las nociones de interior y exterior, de propio y ajeno, de uno y otro. Ese espacio es el del sentido que aporta la lectura de un texto o, en esta conferencia, de lo que sucede en cada uno, uno por uno, de quien les habla y quienes escuchan, fuera de toda geo-metría o geo-grafía, fuera de toda captación por los equipos de grabación; un espacio sin localidades físicas. El espacio transubjetivo, en fin, el de la experiencia lenguajera, el del intercambio entre seres hablantes.

¿Qué me haría falta para producir o apadrinar ese nuevo libro: Ps:IyC 2020? Necesitaría encontrar los tres socios (o más) que remplacen a los tres que firmábamos Ps:IyCi., tres compadres o comadres que ocupen el lugar de los que ya no pueden acompañarme. Psicología: ideología y ciencia 2020 es una tarea urgente. Habría que repartir los capítulos, agregar nuevos, fijar plazos, leer a fondo y en distintas lenguas cuál es la realidad del saber actual en estos terrenos, mostrar los síntomas que afloran en cada uno de los terrenos relacionados con la psicología contemporánea, impregnarse de los “avances” de las neurociencias en cada campo: clínico, social, educativo, etc., desmontar a fondo esa ideología de la supresión del sujeto y del reduccionismo “cerebrista” en arte, economía, medicina, filosofía, lingüística y hasta en el psicoanálisis mismo. Sería un Ps:IyC que reformulase cada uno de los párrafos pergeñados hace casi medio siglo.

¿Todos? No exageremos. Los capítulos finales de la obra de 1975, diría del 14 en adelante, requieren tan solo de pequeños retoques para actualizarlos pues la argumentación que se sostiene en ellos es en esencia válida. El capítulo 14, en particular, “Lectura sintomal de la psicología académica”, con sus 70 páginas, no requiere más que leves correcciones de actualización. Los invito a leerlo o releerlo y creo que confirmarán mi propuesta. El mérito de esa parte del libro, en verdad, no se debe tanto a mi firma como al acierto de referirme a un autor, para nosotros, en aquel entonces, uno más entre los presentadores de la psicología “científica”. Hablo de George A. Miller (1920-2012) que resultó ser, sin que entonces pudiésemos saberlo y mucho menos presagiarlo, uno de los adalides de esta “nueva psicología” de hoy, amigo y colaborador del eminente pensador político y lingüista, adversario ideológico de Lacan, que aún vive y se llama Noam Chomsky. Miller nos cautivó entonces con la franqueza y el desparpajo sardónico con que, simulando defenderla, impugnaba las bases de la epistemología y de la psicología de su tiempo. Décadas después, pensando en su propia trayectoria, Miller dijo que había comenzado sus andanzas en la psicología a partir de la definición dada por William James en 1890: “La psicología es la ciencia de la vida mental” pero, al final de su vida, ya en el siglo XXI tenía que reconocer que no sabemos ni lo que es ciencia ni lo que es mental y, más aún, ni tan siquiera sabemos si un objeto tal como “la mente” existe. O sea, que la psicología, la académica, avanzado el siglo XXI, sigue en fojas cero. Aun cuando ninguna universidad que se precie deje de tener grados y posgrados en una “carrera” llamada “psicología” que convoca a miles de estudiantes.

Los capítulos siguientes de nuestro libro siguen siendo, por lo general válidos, aunque requieren de una vigilante y minuciosa puesta al día. ¿Cómo no adherir y repetir la frase escrita por Miller en 1960 que sirvió de epígrafe a ese capítulo y sigue siendo un faro 60 años después: “Si se quiere cambiar la mente de una persona deberá empezarse por saber cómo esta constituida esta mente y esta es la cuestión central de toda ciencia psicológica”? ¿Qué importa, en resumidas cuentas, qué se quiere decir con las palabras “mente” y “persona”? “Lo que ustedes quieran”. La “cuestión central” subsiste, modificada quizás: “Si se quiere cambiar el cerebro de un sujeto hay que saber cómo está constituido ese órgano”. ¿Cómo está ensamblado? El propio Miller propuso, décadas después, una analogía muy difundida: “La mente humana trabaja de modo bastante similar a una computadora: reúne, guarda, modifica y recupera la información”. ¿Cómo lo hace? La respuesta de Miller es clara: hay que buscar en el hardware del cerebro cómo éste maneja el software de los programas informáticos. A partir de ahí “se” (¿quién?, ¿para qué?) se podrá cambiar la mente de una persona. Invertir en esta empresa es lo más rentable que cabe imaginar: Microsoft, Apple, Facebook lo ponen en práctica con sus políticas comerciales “tecnocientíficas” que disecan y remodelan la subjetividad.

Ahora corresponde hablar de las influencias sobre el sujeto de los cambios en el modo de producción capitalista como consecuencia de la presencia avasalladora de esas ciencias de la información. Este tema requeriría un capítulo adicional en el libro que programamos y que quisiéramos llegar a concretar. De 1975 hasta ahora, pero, para ser más precisos, desde antes, a partir de 1968, fuimos testigos de un cambio ideológico y real en la subjetividad de incontables personas, los sujetos del psicoanálisis y de la ciencia, un cambio del que muchos se percataron a través de obras insoslayables como las de Adorno, Horkheimer y Marcuse. La consigna directriz de la vida en las sociedades occidentales hasta entonces, denunciada por Freud a lo largo de su obra, era la llamada “moralidad victoriana” que ordenaba e impulsaba la “represión pulsional”. La consecuencia social y psico(pato)lógica era vista en términos de la psiquiatría tradicional como “neurosis”. De un modo que a muchos sorprendió esa directiva que promovía la renuncia a la satisfacción pulsional, en particular la vinculada a la sexualidad y la genitalidad, fue rápidamente sustituida después de la muerte de Freud y de la Segunda Guerra Mundial, por una nueva consigna que ordenaba lo contrario: gozar en vez de reprimir, desplazando y hasta suprimiendo la reflexión sobre el sujeto del inconsciente y sus limitaciones. Gozar, tanto y tan rápido como fuese posible, sin pararse a pensar en las consecuencias de las acciones. Parecía que el tiempo de la “neurosis” había pasado mientras se inauguraba el tiempo de la “perversión”, siempre en los términos de la ideología psiquiátrica que infiltraba el discurso del psicoanálisis mismo. Es un tema muy publicitado, muy debatido, en el cual no entraremos de momento. Diré brevemente, resumiendo libros enteros que fuimos publicando a partir de 1980, que el adversario del que teníamos que diferenciarnos era la psiquiatría que fue nuestra cuna, esa rama de la medicina que esgrime su “psicopatología” y su clasificación de los “trastornos mentales” en los DSM de la Asociación Psiquiátrica de los Estados Unidos.

El psicoanálisis solo llega a realizar su proyecto en la medida en que mantiene una distancia crítica de la práctica médica a la que se lo quiere reducir en las universidades y hospitales de Estados Unidos y Europa. Esa práctica degradada, light, que muchos llaman “psicoterapia psicoanalítica” entregada a promover la “salud mental” en competencia con las demás ramas de la “psicoterapia cognitivo-conductual”. Al aceptar los métodos y las metas de esas prácticas la clínica se condena a diluirse en el marasmo de “conversaciones” donde todo es igual y se confunde en una cháchara tendiente al “bienestar” y la autoayuda. El psicoanálisis es otra cosa, la práctica social reglada, no improvisada, cuyo tema es la articulación entre el sujeto que padece por el malestar en la cultura y el Otro de la vida política y del lenguaje. No se propone como una panacea para cambiar el mundo, pero tampoco es decoración de interiores. En el discurso universitario y en los programas de formación de los psicólogos los C.-C. se dicen cada vez más “científicos” (logran la supresión del sujeto estableciendo correlaciones cuantitativas) y descalifican cada vez más a los psicoanalistas como “seudocientíficos”. Así lo proclamaba, siguiendo a Karl Popper, el recientemente fallecido Mario Bunge (1920-2020), neurofilósofo oficial de la epistemología cibernética y reduccionista. Su perspectiva era lograr una “naturalización” del alma, hacer de lo subjetivo un apéndice de la ciencia biológica, un epifenómeno de la actividad de los circuitos cerebrales.

Un aspecto medular para la epistemología del nuevo libro que ahora expondré sucintamente es la disyuntiva, el dilema, la oposición irreductible entre las ciencias que sirven de fundamento a los neurofilósofos, las ciencias llamadas “positivas” por un lado y las otras ciencias, las que he llamado “ciencias del signo” o, más llanamente, “ciencias negativas”. Como ustedes saben, las ciencias que todo el mundo considera como tales (basadas en la exclusión del sujeto) afirman con orgullo que se basan en hechos objetivos, en cosas que, si uno puede “ver”, también otro las puede ver y así corroborar lo que vio el primero. No solo se trata de constatar el hecho sino de medirlo y adjudicarle números, sometiéndolo a estadísticas y estudios probabilísticos que permiten calcular y prever lo que sucederá en circunstancias parecidas a las del experimento. Esas cifras pretenden alcanzar la llamada y tan preciada “objetividad” sin la cual todo es (o a ellos les parece) incierto. Hechos y resultados que no dependen de la subjetividad de los observadores y por eso, por ocuparse de datos confiables para cualquiera que se ponga en ese lugar de observación, los hechos que se registran son “positivos”. Los datos están puestos, posicionados para ser vistos. Positivos, no especulativos, no subjetivos, no intuitivos. Hechos susceptibles de repetición experimental y, por lo tanto, calculables y en buena medida previsibles. En la concepción oficial, la de Mario Bunge y tantos otros, toda disciplina que se presente como ciencia y que no esté́ basada en estos hechos “objetivos”, positivos, es una “seudociencia”. En esa lista de “falsificaciones” cabrían el psicoanálisis, la economía política y una ciencia de la historia centrada en el estudio exhaustivo de otros hechos y tendencias, distintos de las variables cuantitativas, medidas en dólares y euros, en tasas de desempleo, en pérdidas y ganancias de los mercados.

Lo que propondría y destacaría en Ps:IyC 2020, es que hay otra clase de “ciencias”, esas cuyo modelo tomó Lacan de la lingüística estructural desarrollada a comienzos del siglo XX, al mismo tiempo que nacía el psicoanálisis de Freud, en la cual los hechos no son “positivos” sino que cada uno es un elemento porque viene a un lugar singular que no es ocupado por algún otro. “Ciencias conjeturales” las llamaba Jacques Lacan. Ustedes ya lo saben: no es ninguna novedad. Las estructuras no son “hechos” visibles y mensurables: son sistemas de diferencias. Si digo codo no digo todo, ni lodo ni brazo. Puede que, entre nosotros, si digo “codo” esté queriendo decir de alguien que es tacaño y lo relacionaría con su codicia. ¿En qué cabeza caben esas asociaciones peregrinas? ¿Cuál es la objetividad positiva que distingue al lodo del modo y del beodo?

La materialidad del significante, del sonido, “codo” no está́ en las letras que forman la palabra sino en la diferencia entre esa palabra y todas las demás de la lengua española en el contexto de una frase. Lo concreto no está́ en la positividad de lo que se dice sino en la negatividad, en la ausencia de la palabra que no se dice y que podría decirse en ese mismo lugar de la frase. Codo y recodo. Así pasa con los hechos históricos, con los hechos económicos, con los sueños, con las vidas de cada uno de nosotros. La materialidad de estos fenómenos no ha de buscarse en la positividad de su manifestación empírica, en lo que cualquiera, en realidad lo que nadie, puede ver, fotografiar o calcular sino en la negatividad de todo lo que pudiera venir a su lugar. Por eso insisto en que hay ciencias que no establecen hechos sino diferencias entre los hechos, diferencias que no pueden cuantificarse ni predecirse pues dependen, no de lo que las cosas son, sino de lo que no son tal y como aparecen en las experiencias lenguajeras. Es claro que esos hechos son materiales, pero se dirimen en el campo de la palabra y no en el de las matemáticas y el cómputo. Ciencias de la negatividad (o del signo, para usar la palabra de de Saussure); ellas son, para mí, las ciencias de las estructuras inconscientes en medio de las cuales nacemos, vivimos y actuamos. Existimos en ellas y las revelamos sin saberlo en hechos y palabras: cada uno de nosotros está ubicado en su lugar por esas estructuras invisibles, que no aparecen en los espejos ni en los aparatos, que no se prestan al cálculo. Ciencias de lo incalculable. Nosotros no somos las causas de esas estructuras sino sus efectos. No brotan de nuestros cerebros, sino que nuestros cerebros deben funcionar dentro de los marcos que ellas les fijan.

Para ser concretos: cada uno de nosotros viene al mundo en una familia inserta en un sistema de parentesco variable y ya establecido, habla una lengua que tiene una existencia milenaria, está inmerso en coyunturas económicas, políticas, jurídicas y sociales que nos preexisten y que distribuyen las cartas con las que habremos de jugar en la vida. Todas esas son las ‘estructuras’; ellas son verdaderas, determinantes, eficientes, materiales, lo que quieran, pero para cada uno de nosotros que las encarnamos, son “inconscientes”, no son objetos de la percepción, no se pueden fotografiar, no aparecen en los espejos, son matrices de relaciones y no hechos positivos. Son reales y son simbólicas, sí, pero no son imaginarias. En otras palabras, nuestros muy plásticos cerebros de aristotélica arcilla, nuestras tábulas rasas, nuestras pizarras en blanco de la mente, son modelados en y por la cultura en la que vivimos sin que ni ustedes ni yo las hayamos elegido ni podamos cambiarlas. Participar en esa cultura, mis queridos veracruzanos, aunque sea oponiéndose a sus convenciones, es la condición de la existencia de todos. Las circunstancias de nuestras vidas y las de nuestros padres y de esos contemporáneos que ahora están sentados en la silla de al lado vuestro son independientes del saber que podamos nosotros o los sociólogos tener de ellas. Aun así, a nuestras espaldas, son esas casualidades las que nos configuran, si ustedes quieren, las que deciden cómo nos ubicaremos en el mundo, qué frases diremos y cuáles no podremos decir, qué pensaremos de nosotros mismos y qué sentiremos hacia los demás. Ya en 1843 decía Marx, oigan bien, presten atención:

“Las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, un proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. no tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia”. (itálicas agregadas)

Subrayo esta frase bien conocida (en su momento irrité a Mario Bunge al escribirla en pizarra mientras él hablaba) porque el párrafo de Marx articula justa y precisamente las palabras cerebro, material, conciencia y vida. (Marx, La ideología alemana, [1843]). Y la vida, mis amigos, no es objetivable, calculable ni previsible. El cerebro es indispensable, sí, pues en él se desarrollan “formaciones nebulosas” ¿cómo, cómo no serían nebulosas, si se ignora de donde proceden, si aquello que no es consciente de nuestra vida (social, corporal) es lo que determina la conciencia? La psicología académica, la actual, pretende que los procesos cerebrales dejarían de ser “nebulosos”. Por eso hablan, tanto ellos como nosotros, de una “naturalización” de la psicología. La diferencia que nos separa radica en que lo que para ellos es profecía para nosotros es fantasía. Seamos claros. No que el cerebro no sea esencial o no esté en la base de los fenómenos que llamamos psicológicos. Pero las “formaciones nebulosas del cerebro” a las que se refería Marx son permitidas por la acción funcional de infinitos procesos neuronales, corticales y subcorticales, que hacen posible el habla, la memoria, la comunicación, las emociones, los sentimientos; hacen posible todo lo que es “subjetivo”. Hacen posibles. El cerebro no hace la memoria, sino que funciona haciendo que la memoria sea posible. A la subjetividad, a lo particular de cada uno, imposible de objetivar por cientificista que se sea, se tiende a llamarla, en el discurso universitario, con el equívoco y jamás definido nombre de “conciencia”; es lo cognitivo. Pero el órgano pastoso que se aloja en el interior del cráneo no es la causa de la subjetividad (o de la conciencia) sino su sustrato, el imprescindible escenario de ciertos mecanismos que, ellos sí, pueden ser objetivados, conocidos, activados o desactivados por medios físicos o químicos y que se van develando progresivamente ante la encomiable curiosidad de los neurocientíficos que recurren a técnicas cada vez más precisas de investigación. Ellos se fascinan siguiendo en pantallas fosforescentes los patterns de estimulación en los hiperquinéticos centellogramas cerebrales plasmados por los aparatos de escaneo. Nosotros, por nuestra parte, escuchando los síntomas y los lapsus únicos e irrepetibles en el curso de una sesión o reconociendo los mecanismos inconscientes que incitan al goce en el chiste o en la picardía del albur.

El problema viene siendo planteado desde fines del XIX, desde el comienzo mismo de nuestra disciplina ya no joven, bastante más vieja que los más viejos de nosotros, el psicoanálisis, que forma parte del ambiente social, cultural, ideológico y político en el que crecimos. Sabemos que al comenzar su vida en el psicoanálisis, en 1895, Freud hizo un intento de ligazón teórica que fracasó y acabó depositado en maletas de manuscritos inéditos y no destinados a la publicación: era lo que él llamaba “una psicología para neurólogos”. Al terminar esa vida, en 1938, Freud había sacado su conclusión, la que ya les leí sobre la vanidad del esfuerzo localizacionista y a ese razonamiento sí lo entregó al público como pieza final de su teoría, lo difundía como corolario de su vida en vez de enterrarlo en los archivos de oscuras páginas como los que, por fortuna, conservó encajonados su amigo Fliess y que nos permiten seguir la historia del difícil nacimiento del psicoanálisis.

El sujeto del inconsciente no podía ser ajeno a estos cambios en los modos históricos de la existencia subjetiva. Ni siquiera la sexualidad y los sueños de los sujetos que hacían la experiencia del psicoanálisis eran los que fueron antes. Ps:IyC 2020 debería incluir un extenso capítulo dedicado a la clínica psicoanalítica del sujeto en la sociedad industrial neoliberal y postcapitalista con sus nuevas “enfermedades del alma” como unos cuantos osan decir. Esencial allí, en el plano de nuestra propuesta, sería la comprensión topológica de las relaciones entre el sujeto y el Otro con la banda de Moebius como herramienta desconstructiva de las falsas oposiciones binarias y una discusión concisa, no “lacanosa”, de los modos de anudamiento de los registros imaginario, simbólico y real en la cadena borromea a partir de las elaboraciones de Lacan en esos años ’70 en los que nosotros redactábamos y publicábamos nuestro anacrónico y celebrado libro concebido en Córdoba y parido en México.

**Nota marginal**: podría incluir aquí una tirada acerca de la psiquiatría, de la clínica concebida como clasificación de “enfermedades o “trastornos mentales”, sobre la naturaleza monstruosa y arbitraria de los DSM que hemos criticado desde el DSM III en 1976 hasta el DSM5 en 2013. Desarrollaría en ella la vacuidad de la pretensión de encontrar las bases orgánicas de lo que los médicos designan y clasifican a diferencia de lo que sucede en las demás ramas de la medicina, la especificidad de la neurología como especialidad y la vaguedad de la psiquiatría, hablaría también de la posibilidad de influir sobre el sujeto por medios químicos conocidos desde siempre pero ahora derivados de la investigación sobre el cerebro, etc. Renuncio a hacerlo por razones de tiempo y espacio. Sería un capítulo más en el libro a escribir. **Fin de la nota al margen.**

 Estos temas se suceden en mi obra (vuelvo a asomarme al vértigo de la recaída en el vicio autobiográfico) y trataría de incluirlos en el nuevo libro, poniendo especial énfasis en la crítica a las subsistencias del **orden médico** (Jean Clavreul, 1978) en el terreno psicoanalítico que es “el campo freudiano”. Me dedicaría con particular empeño a impugnar toda noción de enfermedad o trastorno mental y también a las llamadas “estructuras clínicas”, realzadas por la mayoría de los seguidores de Lacan, para dar lugar, en su remplazo, a las “posiciones subjetivas” del analizante y del analista en la clínica, abordando críticamente los usos y abusos de la tripartición, nada freudiana, poco lacaniana, de las “neurosis”, “perversiones” y “psicosis”. Habría que (re)centrarse en las relaciones entre el goce y el deseo en la práctica y en la teoría del psicoanálisis, así como en la comprensión de lo que está en juego al considerar la presencia del psicoanálisis como interlocutor de la sociología, de la economía política y del derecho partiendo de esa distinción entre los dos polos: el del goce pulsional sentido y el del deseo irrealizado en el sujeto. El goce que se siente y sufre, corporal, y el deseo de lo que falta. El goce como un plus y el deseo como una aspiración siempre postergada a alcanzar lo ausente y lo perdido. En otros términos: el objeto @ como plus de goce y el objeto @ como causa del deseo. Inconscientes ambos y carentes de representación “objetiva” en sus dos aspectos opuestos y complementarios.

Habría que explicar y desarrollar ampliamente esta cuestión del goce como el otro polo del deseo y la significación del psicoanálisis como una “gozología”, una ciencia de los modos en que el sujeto del inconsciente, el suplemento indigesto para lo que las computadoras pueden calcular, el sujeto del inconsciente, es decir, el de las pulsiones vivientes y gozantes, ese sujeto, se las arregla para continuar viviendo en un mundo donde su cuerpo mismo viene siendo transformado por la técnica al punto de hacer de todos nosotros unos compuestos orgánicos y cibernéticos que intenta condensar la palabra cyborg. Así vivimos: conectados y ordenados en cuerpo y alma por chirimbolos exteriores al cuerpo, “exosomáticos” como diría Bernard Stiegler, discípulo de Jacques Derrida.

¿Dónde quedaríamos nosotros, los autores del nuevo libro? Seguiríamos siendo eso que se designa con una palabra que tiene connotaciones despectivas: epígonos de los pensadores esenciales de Occidente, desde el Sócrates hablador y el Platón escritor en adelante. Lacan se consideraba un epígono sin avergonzarse: un epígono de Freud. Nosotros también podríamos nombrarnos así: epígonos desvergonzados. Discípulos que repiten, tratan de ampliar o de clarificar y muchas veces rebajan o diluyen la palabra del “autor esencial” con el pretexto de divulgarlo, difundirlo, facilitar el acceso. Todos epígonos, sí, no importa la altura de lo realizado. Lo importante no es la llegada sino el camino, los vericuetos de la ruta trazada a partir de estos “autores esenciales” (Freud y Lacan) que inauguran nuevas discursividades, según lo que planteaba Michel Foucault.

Y sin embargo… después de tanto cambiar y agregar … ¿quemaremos Ps:IyC? ¡No! ¿Qué subsiste de nuestro libro obsoleto? Lo esencial: la exigencia política y teórica de revisar los fundamentos epistemológicos de la Ps.C.C, mostrando que sigue siendo la misma psicología, pero con maquillaje renovado. Deberán ser criticados y desconstruidos los prejuicios de esa psicología globalizada que se ponen al servicio del modo de producción dominante, que es siempre el del capitalismo industrial, a su vez también convenientemente retapizado, organizado ahora en torno del cálculo computacional, pero sin haber modificado sus objetivos ideológicos y su vocación “científica”: la supresión del sujeto.

Tendrán que discutirse los nuevos modos de sujetación propios de las sociedades de control, el ocaso de la institución familiar como modelo para la construcción subjetiva y el pasaje de las funciones que ella tenía, con su monótona triangularidad de papá-mamá-niño, a mecanismos impersonales de sumisión a formas impersonales del ejercicio de la autoridad, no ya de figuras patriarcales (o matriarcales) sino de servomecanismos autorregulados, con sus manuales del usuario, que los niños aprenden a manejar sin comprender, ni ellos ni sus padres, forzados a ser los sirvientes de estos aparatos que, también sin duda, les “sirven” para muchos fines, al mismo tiempo que controlan su tiempo, su espacio, sus aficiones y la manera en que satisfacen sus a-dicciones.

Ahora se muestra en toda su magnitud esta dependencia sempiterna de los humanos respecto de las técnicas de lenguaje y los objetos que se inventaron para satisfacer necesidades no estrictamente pulsionales: la escritura, el número, los metros y relojes, el archivo de la memoria, los instrumentos musicales, etc.

Una historia que parece chusca pero que es modélica para entender la actualidad es la que relata la concepción del caballero Tristram Shandy según el relato autobiográfico que él hace en la novela de Laurence Sterne (1759). No quito a quienes me escuchan el placer de leer los dos primeros breves capítulos de la “vida y opiniones de T. S.” (capítulos 1.1 y 1.2) Cualquiera puede consultarlos en español o en inglés pues están en línea. Según este desdichado esquire sus desventuras comenzaron, a partir de lo que pudo enterarse por el relato de su tío Toby, cuando sus padres, entregados al lícito intercambio carnal del cual Tristram había de ser el resultado, en medio de los movimientos de bombeo corporal de su padre, escuchó que la madre del futuro Tristram preguntaba a su marido: “—Oye, querido, ¿te acordaste de darle cuerda al reloj?”. Toda la maravillosa novela de cientos de páginas trata de las malandanzas de un joven que ni aun ha sido concebido y ya está acosado por los objetos inventados que son verdaderos perturbadores pulsionales. Hoy la madre en ciernes preguntaría si el iPhone está o no cargado. El funcionamiento pulsional, el camino hacia el goce, está lastrado por la interferencia tecnológica.

La condición humana es la de tener un cuerpo formado por dos componentes: el soma mortal y el plasma germinal inmortal que se transmite a lo largo de las generaciones. Esto, según Freud, en el hoy centenario “Más allá del principio del placer”, al que no desmiente sino que más bien confirma la biología contemporánea con el descubrimiento de los ácidos nucleicos en los años ’50 del siglo pasado. Sí corresponde y se impone señalar también algo que Freud descuidó: no llegó a reconocer, en ese mismo momento, que el organismo humano con sus dos componentes, el soma y el plasma, están suplementados por una tercera sustancia, por enormes y poderosas invenciones, subsidiarias del lenguaje, propias de nuestra especie histórica y humana, principalmente a partir de la primera, la de la escritura. Los dispositivos corporales forman parte, una parte fundamental del ser biológico de la especie, bien llamada homo sapiens. Esos aditamentos ubicados fuera del cuerpo, “exosomáticos”, están constantemente “evolucionando”, “progresando”, haciéndose más complejos y más invasivos e ineludibles en la vida cotidiana. Su culminación, por el momento, según dijimos, es la infinita computadora que llamamos internet, una megamáquina que reúne todos los datos almacenados en todas los “ordenadores” del mundo, girando en torno al planeta, en una tecno o aletosfera. Allí encuentran inmortal albergue los datos, cifras, escrituras, ilegibles para el ojo, solo recuperables por otros mecanismos cibernéticos. La auténtica “eternidad” es la de estas inscripciones digitalizadas, hechas de una sucesión binaria de ceros y unos que captan, registran, conservan y “ordenan” sus datos por fuera de toda conciencia y conducta, esta inmensa maquinaria en la que todo cabe… todo, … ¿todo? Todo, excepto el inconsciente que sueña, se equivoca, produce síntomas, poemas, impredecibles obras de arte, destrucciones antieconómicas, desgastes, derroches, que van “más allá del principio del placer” y de todo cálculo utilitario. Ese inconsciente que es un planeta de por sí, autónomo, englobado entre aquellos dos polos, enunciados por Lacan en 1958, que son el deseo (la “voluntad de poder”) y el goce (el “eterno retorno” de lo mismo).

Habrá que mostrar cómo, en 2020, esos cambios en la “vida mental”, investigados por la “psicología”, responden a los cambios del encargo social y a los hechos históricos sobrevenidos en el mundo después del final de la guerra fría. Cómo tomó cuerpo una nueva economía política organizada de manera global por esos mismos aparatos tecnocientíficos que han modificado el aspecto de la psicología, del neocapitalismo ultra-neo-liberal, de la sustitución del amo tradicional por los mercados trasnacionales, y fundamentalmente, los efectos de la eliminación de las barreras y fronteras entre lenguas y naciones a partir del establecimiento de Internet (en 1993) con la consiguiente supresión del tiempo y del espacio fenomenológicos. La información se transmite a la velocidad de la luz y la mayor de las bibliotecas, incluyendo el conjunto de todo lo archivado, está al alcance y podría verse al instante en las pantallas de cualquier computadora.

He dicho ya que no hay porqué cambiar el fondo sino tan solo actualizar mínimamente los capítulos 14 a 18 del viejo y celebrado mamotreto. En esos cinco últimos capítulos se denunciarían los mismos problemas, los mismos intereses y la nueva ideología de la economía política neoliberal pero ahora en la época de las tecno-ciencias, dentro del mercado global al que se supeditan los intereses nacionales. Esa mundialización ha afectado también a la psicología cuyo lenguaje esencial es uno: el inglés, mejor dicho el global English, el globish. Economía política y economía libidinal se funden de una manera insólita. Es lo que traté de sondear, siempre como epígono de los varios autores esenciales que ya mencioné, en el libro que se publicó en español: **La técnica, el inconsciente y el discurso capitalista** (2012) y luego en francés (2014): **Malaise dans la technologie. La technique, l’inconscient et le discours capitaliste**.

Asistimos en este 2020 a una repetición fatigosa de tópicos, temas de los que todos hablan, aunque también hay elaboraciones originales y meritorias sobre esta nueva actualidad reforzada por la pandemia del Covid-19 en torno a la cual se querría diseñar una “nueva normalidad” consistente en la aprobación acrítica y multitudinaria del “estado de excepción”. Me gustaría participar en el grupo de los pensadores de estos nuevos y ominosos signos de la vida contemporánea. Señales de esta nueva realidad psicológica propuesta a los nuevos sujetos, los tan mentados millenials, hay muchas: el pasaje ya mentado de la consigna de reprimir a la consigna de gozar, la competencia entre los medios de difusión de masas para captar la atención de los sujetos antes de que cambien de canal accionando el control remoto de sus televisores , la disminución del tiempo de atención en función de la multiplicidad de los estímulos que se manifiesta muy claramente en la llamada “epidemia del déficit de atención”, especialmente desde la primera infancia, la “apatía hiperactiva” de sujetos indiferentes y perezosos pero que desplazan constantemente el eje de su interés en movimientos agitados carentes de continuidad (Sergio Rodia), la falta de opciones políticas novedosas con capacidad para transformar la realidad de la vida cotidiana, la caducidad de las propuestas anteriores, la postverdad y las fake news, la satisfacción inmediata de la demanda, el aplastamiento del deseo por esa sobreoferta de mecanismos para disfrazar el vacío existencial, el aplastamiento de la vida social por las “redes sociales” que sustituyen al intercambio de la palabra en el cuerpo a cuerpo o el tête à tête, la banalización de los encuentros amorosos y sexuales, la vigilancia del ordenador que encadena mecánicamente los mensajes estandarizando sus contenidos, la entrada consentida en la sociedad de control predicha por Deleuze donde al sujeto se lo manipula y contabiliza sin que él sepa de ese proceso, la “miseria simbólica” denunciada por Bernard Stiegler, etc. Enumero estos “tópicos” (en el doble sentido: temas y lugares comunes) sobre los cuales la bibliografía sobreabunda pero no quiero ni puedo detenerme en cada uno de estos autores que constatan los signos de deterioro de la vida individual y social.

Es justo y necesario agregar que no solo se trata de deterioro sino que también despuntan nuevas formas del lazo social con oportunidades de despliegue de invención y de creación, especialmente en el campo del arte, cuando los sujetos descubren capacidades insospechadas para poner en marcha sus fantasmas de maneras inauditas. La automatización cibernética y la creación de nuevos modos de vivir y de soñar no son necesariamente incompatibles. El inconsciente no es abolido ni suplantado por la tecnología: siempre encuentra modos originales de expresión. El sueño penetra en la vida a través también de las nuevas tecnologías y la vida penetra en los sueños originando una nueva espontaneidad y no solo rebajándose en una estandarización masificante. Puede ser que el sujeto sea llamado a desvanecerse en el “se”, en el consumo que obedece a consignas publicitarias, en la degradación del amor y la sexualidad por la indiferencia respecto del partenaire, en la homogeneidad inducida por las redes sociales, el tinder, el chatting insustancial, la reducción de la emotividad a la vulgaridad de los emojis, la amplitud del vocabulario que se encoge hasta ser un mero lenguaje de signos. Puede ser que la desujetación de los hablentes transformados en objetos robotizados o en zombis sea cierta… pero no por ello queda abolida la con-vocación, la con-vocatoria a superar, y muchas veces a denunciar el mandato colectivo de borrar las diferencias y de asimilarse a un mundo de cubículos separados, de espacios cerrados donde cada uno cumple burocráticamente con lo que se le pide que es la aceptación de un destino de desarraigo familiar y laboral, de anonimato y de anomia. Un mundo que parece decir: “Tienes libertad, goza, consume, consúmete, haz lo que se te venga en ganas, total, a nadie le importa”. Ahora bien, si decimos todo esto es porque sí nos importa y queremos que nos importe, porque nuestro deseo no se conforma con la resignación pasiva y la crítica estéril a lo “actual”, tan viral y pandémico como se quiera.

Hay un nuevo encargo social formulado a la psicología y los instrumentos que ella maneja: ya no la evaluación de resultados de “pruebas psicológicas” (son menos los que aplican el Rorscharch, el TAT, miden el IQ, usan los cuestionarios de personalidad autoadministrados tipo MMPI). En cambio, encontramos el amplio y variopinto mercado de las Terapias C.C., los libros de autoayuda, la manipulación de la conciencia (ahora llamada “mente”) a través de los medios de difusión masiva, el emporio de la publicidad, la supresión del “tiempo para comprender” antes de pasar al acto, fundiendo “el instante de la mirada” con el “tiempo de concluir” según el esquema de los tres tiempos lógicos (no cronológicos) propuestos por Lacan en los comienzos de su enseñanza. La consigna es, como en los videojuegos, hay que reaccionar de inmediato, no hay tiempo para pararse a pensar. — Primero disparar, luego apuntar. —- ¿Y las consecuencias? —- Bueno; ya se verá.

¿Qué debiéramos denunciar en la psicología que se enseña en la universidad? Antes que nada, la pretensión de convertir en ciencia del cerebro, de “naturalizar”, lo que se puede llegar a saber sobre el proceso de producción del sujeto, sobre las modalidades de la sujetación, sobre su funcionamiento en relación con el Otro y con los otros. Ese conocimiento es el objetivo, no de una “ciencia” que sería el psicoanálisis, sino el del método psicoanalítico, inclasificable, no cuantificable, que conduce a la producción de un nuevo saber a partir del develamiento de lo que para cada ser hablante, para cada hablente, por medio de la experiencia única y singular que es la psicoanalítica con su regla fundamental de decirlo todo en el marco de una situación reglada que es la del espacio psicoanalítico. Tiene que ser, no puede ser otra cosa, que una exploración sistemática del no saber (Unbewusst, insabido) de cada uno, a partir del hecho de que nos desconocemos a nosotros mismos al reconocernos como un “yo” autónomo y supuestamente dueño de su destino o sus decisiones. Investigación “sistemática” dijimos, del “uno por uno”, del “uno” y “uno” que no hacen “dos” que no se podría someter a métodos estadísticos. Y la investigación en la psicología académica, la C-C, es, según vimos, ni más ni menos que el rechazo “sistemático” del intento de saber a partir del no-saber de cada uno. Bien lo decía un recientemente fallecido portavoz lúcido del pensamiento crítico en materia de psicología: “A diferencia de lo que sucede con otras prácticas que llamamos ciencias, muchas veces uno siente que la psicología académica nos dice menos de lo que ya sabemos. Como si lo que la separase de la física o aun de la economía no es que no sea tan exacta y predictiva, sino que no sabe cómo usar lo que de hecho ya sabemos acerca de sus sujetos”. Cavell, S. (1926-2018) : The Claim of Reason. Oxford University Press, 1979, p.93). Aclaremos en nuestros términos: más que eso “que de hecho ya sabemos”, se trata de eso que podemos llegar a saber si aprendemos a ignorar lo que sabemos. Eso es, como decía Lacan, lo que el psicoanálisis nos enseña.

En línea con este nuevo “encargo social” habría que poner en tela de juicio también al psicoanálisis mismo y buscar las razones de su crepúsculo en esta sociedad postindustrial que recorre el camino de la construcción de una nueva realidad “posthumana”, robótica. ¿Quién tiene, en las actuales condiciones, el tiempo y los recursos para dedicarse a una acción reflexiva sobre la subjetividad que es lo propio de la práctica psicoanalítica? Habrá que analizar y cuestionar los cambios manifiestos en la práctica profesional del psicoanálisis y en la formación y acreditación de los nuevos psicoanalistas, habrá que tomar nota además del estallido de las instituciones que siguen la enseñanza de Lacan después de la disolución de la Escuela Freudiana de París que él fundó y la escasez de demandas de formación analítica según los programas burocráticos de inspiración tradicional en los institutos (anna)-freudianos. Habrá que calibrar, después de la enseñanza dejada por la pandemia del coronavirus, el lugar que toman los medios técnicos telecomandados que transmiten la imagen y el sonido de la voz en el encuentro psicoanalítico. Se trata de modificaciones técnicas que, lejos de ser formales, afectan al estilo y al contenido mismo de las sesiones.

Llegados a este punto de nuestro discurso cabe preguntarse por el lugar del psicoanálisis en las facultades de psicología en el mundo entero y particularmente en el continente latinoamericano que recibió con tal entusiasmo al libro de 1975. Concretamente: ¿qué es transmitir el psicoanálisis en los ambientes universitarios como el nuestro, aquí, en Xalapa, Veracruz? ¿Cómo las propuestas psicoanalíticas podrían llegar al conjunto de la población continental y mundial si su transmisión se limita a los esfuerzos de las instituciones psicoanalíticas o de cada analista en particular? ¿Qué lugar tendría el psicoanálisis en el currículo académico de las facultades, de todas las facultades, no solo la de psicología, que integran una universidad? Nos resulta claro que no se podrían crear “facultades de psicoanálisis” pues la disciplina teórica, metodológica y clínica creada y orientada por Freud y Lacan hace tantas décadas no puede enseñarse como un programa en el cual lo estudiantes adquirirían un saber sobre ese no saber, sobre eso que hay que aprender en el caso por caso. El psicoanálisis no podría ser una materia más en un curso, no podría ser evaluado con los métodos tradicionales de la universidad, no es un conjunto de conocimientos que se somete a examen para determinar el grado de aprendizaje de sus conceptos o de su historia. Es un modo marginal de conceptualizar a todas y cada una de las materias del currículo desde afuera de ellas sin el cual todo lo que se enseña y se aprende carece de fundamento. Es un proceso de desconstrucción del saber psicológico y filosófico en general. Su epistemología, esa de la negatividad estructural, derroca a la ideología “científica” de la exclusión del sujeto basada en la acumulación de datos “positivos”.

¿Debe por ello quedar el psicoanálisis fuera de la universidad para consagrar su pureza y su originalidad epistemológica? De ninguna manera. Justamente sucede lo contrario y por eso es que resulta tan necesario el nuevo Ps:IyC 2020. Ese libro en el que se propone y se ejecuta la lectura sintomal de los contenidos de todas las “materias” enseñadas en estas facultades de psicología y en todos los actuales programas universitarios de grado y posgrado. Quien se vaya a interesar por el psicoanálisis ha de aceptarse como un hablente, otro nombre para decir que quien habla es el inconsciente y no la “persona” ni el sujeto de lo singular; es el Otro ignorado que habita en cada uno, “éxtimo”, decía Lacan, lo más inacesible del ser; que no es su “persona”, ni su self ni su “mente”. Este sujeto (el “estudiante alumno”) al que se dirige la universidad es un producto, una cosa, reducida al saber oficial que se enseña y se evalúa en exámenes, al que, después de alimentarlo con un cierto programa de estudios seriados se lo consagra con un título o diploma que da cuenta de haber digerido el saber que se le suministró. ¿Cómo incorporar la idea del psicoanálisis, no su historia o sus conceptos o sus vocablos, en cada estudiante del recinto universitario y no solo del que está anotado en la carrera de psicología?

La universidad, con todas sus facultades, entrega títulos que son todos igualmente insuficientes e inhabilitantes para el ejercicio del psicoanálisis. En los primeros tiempos se pedía que los psicoanalistas fuesen médicos. Freud se opuso frontalmente a esa restricción que se hizo, sin embargo, oficial en la mayoría de las instituciones que formaron la Asociación Internacional de Psicoanálisis que él había fundado. Después de la segunda guerra mundial se abrió, no sin restricciones, la formación psicoanalítica a egresados de otras “carreras”. Fueron los tiempos en que los interesados en el saber inconsciente se inscribieron masivamente en las recién creadas facultades de psicología y otras carreras del campo de las humanidades (filosofía, lingüística, antropología, etc.). Centenares de miles de universitarios en América Latina se interesaron en este saber excedente a lo que debían aprender en la universidad, buscaron por su propia iniciativa, creando grupos de estudio, recibiendo a enseñanzas, a maestros, a textos en donde descubrían un acceso al saber que difería y cuestionaba el propuesto en las disciplinas académicas de todas las carreras. Los verdaderamente implicados por este saber excedente respecto de la enseñanza y del discurso universitario supieron del psicoanálisis y de su propia condición como hablentes, sujetos del inconsciente en la medida en que el inconsciente era quien hablaba en ellos sin que lo supiesen, incluso cuando dormían y soñaban, cuando hablaban, odiaban, amaban, fantaseaban, gozaban de sus mociones pulsionales. Armados por la lectura sintomal de lo que se les enseñaba en las facultades pudieron dirigirse entonces a quienes tenían ya la formación analítica, distinta de los diplomas y saberes consagrados para, a su vez, iniciar su propio camino en esa disciplina centrada en el no-saber que es el psicoanálisis. Esa fue la aventura de la que participamos desde 1975 hasta ahora cuando es imperativa una reformulación radical.

En este momento concreto, 2020, los psicoanalistas en Europa y en América se encuentran desconcertados frente al ataque desde las las corporaciones “psi” y desde los estados a la enseñanza del psicoanálisis en la universidad que se manifiesta en el cierre de los “departamentos de psicoanálisis” que se crearon después de 1968 y las cátedras de psicoanálisis en las que muchos funcionaron (funcionamos) como profesores. La influencia del psicoanálisis en las distintas facultades, especialmente en las de psicología, es asediada y es marginada o expulsada por la difusión de la Ps.C-C, por un lado, por el programa reduccionista a la fisiología del cerebro, por otra. Quienes dispensaban esa apertura al saber del inconsciente, ese psicoanálisis “en extensión” que para muchos era el prólogo al psicoanálisis en “intensión”, el de la clínica efectuada en el dispositivo analítico (el del diván y el sillón), van envejeciendo y muriendo al mismo tiempo que se los remplaza por funcionarios de la psicología académica. Esta situación no es nueva. La vivimos desde nuestra entrada en la UNAM donde funcionaba un posgrado en “psicología clínica” en el que muchos psicoanalistas de distinta formación y orientación participamos y pudimos dar a conocer tanto la crítica de la enseñanza oficial de la psicología como la apertura al campo freudiano en el que se conjuntaba, de acuerdo al deseo de cada quien, el estudio de la teoría y la clínica analíticas con la experiencia del inconsciente que cada uno podía demandar en función de los vínculos transferenciales con representantes del discurso psicoanalítico, diferenciados de los otros tres discursos: del amo, de la histeria y de la universidad.

El desconcierto que venimos de señalar afecta al psicoanálisis y lo enfrenta con una contradicción: por una parte se lamenta la marginación del psicoanálisis en la universidad contemporánea con los consiguientes ataques al discurso analítico, a su historia (Freud bashing, es decir, ninguneo y basureo de la persona y la obra del fundador), descalificación del lacanismo como un discurso esotérico e incomprensible, desconocimiento reduccionista del hablente, del sujeto del inconsciente, soñante y poeta. Contra esas maniobras se elevan las protestas por esa exclusión y por el cierre de posibilidades al estudiante universitario para que conozca lo que el psicoanálisis en intensión y en extensión puede aportar.

¿Qué puede hacer el psicoanalista en la universidad y más concretamente en las facultades de psicología y “ciencias humanas y de la cultura”? No podemos sino insistir en nuestra propuesta: efectuar desde ese afuera, desde la marginalidad, que es el psicoanálisis, la lectura sintomal de ese engaño que es la psicología como ideología de una “ciencia” tendiente a la exclusión del sujeto y, una vez sembrada la desconfianza frente a la enseñanza académica, proponer la creación de entidades de posgrado, dentro y fuera de la universidad, donde puedan enlazarse el psicoanálisis en extensión y el psicoanálisis en intensión. Si el que sabe es el inconsciente (que, no sabiendo que sabe, cree que ignora) tenemos que admitir que nuestra disciplina es extraterritorial a todos los campos del saber institucionalizado. Que su característica específica es la negativa a admitir ese trueque de gato por liebre que es la “ciencia de la mente” o la “ciencia del cerebro” o la “psicología cognitivo-conductual” y la propuesta correlativa a esa negativa, la positividad de una experiencia original e irrepetible, reacia al cálculo, que es el psicoanálisis. Es necesario insistir, de todos modos, en que no podemos favorecer el estudio del psicoanálisis como autónomo y desvinculado de las otras ramas del saber que tienen relación con la subjetividad, desde la economía política a la antropología y demás “humanidades”, sino que el psicoanálisis deberá incluirse dentro de un ensamble de “pensamiento crítico” del cual las enseñanzas de Freud y Lacan forman un componente esencial.

De tal modo hemos pasado, casi insensiblemente, de la psicología individual, centrada en el estudio y el “tratamiento” de las personas, así como en la producción de los sujetos necesarios para funcionar en los procesos de producción y consumo, a la “psicología social” encargada de ahondar en el comportamiento colectivo en las instituciones y los estados. La base epistemológica de ambas, para la psicología académica, no puede ser la misma pues sería difícil pensar en un órgano anatómico como es el cerebro para que ilumine los misterios del funcionamiento de los grupos, las masas y las colectividades nacionales y supranacionales. El programa reduccionista tropieza en este campo con dificultades insoslayables. ¿Quién se atrevería a formular la hipótesis de un “cerebro” público, social, organizando la vida colectiva? Releemos entonces el capítulo 15 de Ps:IyC y encontrarnos allí expresiones lúcidas para la actualidad, lúcidas por su descaro servilista del sistema, que van encabezadas por tres epígrafes de obras ya antiguas que mantienen plena vigencia 60 años después de escritas, que parecen y son rigurosamente actuales:

1. “La psicología social como disciplina tiene una tonalidad moral. Engendra simpatía, comprensión, tolerancia; remedia el prejuicio y la deformación; hace posible la participación madura y racional en la vida del grupo al que se pertenece” (Simpson, 1961),
2. “Aquello que interesa especialmente al psicólogo social es establecer cómo cada sujeto se adapta a las normas colectivas, cómo se integra en los medios que lo rodean, qué rol desempeña allí, qué representación se forma él de tal rol y qué influencia eventual ejerce en el mismo” (Maisonneuve, 1960) y, para terminar, volviendo a G. A. Miller (1960):
3. “¿Qué hace competir a la gente? ¿Por qué la gente puede ‘perder la cabeza’ en una multitud? La psicología social puede contribuir tanto a la fascinante comprensión de muchos de los problemas prácticos que surgen cuando los individuos interactúan, como a la satisfacción de resolverlos”, etc.

A estos tres epígrafes habría que contraponer un cuarto, indispensable, que inscribió Freud con letras de fuego hace casi cien años:

1. “La psicología individual es, al mismo tiempo y desde un principio psicología social” (1921).

O, en la tan justa expresión de mi amigo Víctor Korman, 100 años después: “Lo psíquico es lo social subjetivado” (2020).

Es fácil indicar los presupuestos de los tres primeros epígrafes que son forraje de fácil digestión para la lectura sintomal; no vale la pena detenerse mucho en ellos. Estos “científicos” remedian los prejuicios y la deformación (de los otros; ¿los habrá en ellos?), adaptan e integran a las normas colectivas y los medios circundantes (¿cuáles normas, ¿cómo se forman esos medios?), ¿Qué es resolver los “problemas prácticos” de la interacción entre individuos?

Lo reitero: no hay que hacer mayores cambios en ese capítulo 15 para el nuevo Ps:IyC 2020. Pero conviene, a riesgo de inflar demasiado esta exposición, detenerse en la manera actual de proponer el programa psicológico social tomando como eje a un autor contemporáneo (Alain Ehrenberg, n. 1950): **La mécanique des passions. Cerveau, comportement, société**, Paris, Jacob, 2018). Él podría ser nuestro guía en este terreno como lo fue otrora George A. Miller en cuanto a la psicología académica individual. Lo que Ehrenberg se propone, desde el título mismo de su obra, es articular el cerebro, el comportamiento (o sea, la Ps.C-C) y la sociedad. No retrocede ni siquiera en el momento de encabezar uno de los capítulos con desvergüenza con el título de: “Las neurociencias sociales o como el individuo actúa con los otros” (pp. 171-210). Pero hemos de admitir que escucha advertencias; la audacia que lo distingue no lo hace estúpido: leamos por ejemplo, reduciendo al mínimo nuestro comentario, este párrafo que aquí traduzco:

“En fin, nos parece que el principal problema, el principal desafío planteado por la aplicación de la neurofisiología a las conductas sociales no es tanto un supuesto imperialismo disciplinario que apuntaría a reducir el estudio de lo humano al del funcionamiento interno de su cerebro, como el de una incompatibilidad epistemológica y metodológica entre las disciplinas. Para las neurociencias debe descartarse toda forma de subjetividad a través de experimentos controlados en laboratorio y el uso de instrumentos de medida estandarizados. En cambio, a la inversa, para la sociología, la extrapolación de los resultados obtenidos en el laboratorio o a partir de experimentos simplificados a una vida social compleja e inserta en amplias redes de interdependencia solo puede conducir a prejuicios y malas interpretaciones. Es en este desfasaje donde debemos buscar los obstáculos a la producción de un saber común entre las ciencias de la vida y las ciencias sociales. (itálicas agregadas)

En síntesis: no hay lugar para una ciencia natural de las relaciones sociales. ¿Y qué queda del sujeto psicológico fuera de la interacción con los otros? ¿Qué hay del sujeto viviente en el gabinete de resonancia magnética?

Ya lo ven, amigos míos, dicha con toda claridad por un buscador en el campo de las neurociencias sociales (Social Neuroscience es una revista especializada en la cuestión que se publica regularmente desde el año 2006) “debe descartarse toda forma de subjetividad”. Ehrenberg sigue al pie de la letra, como acuñado en su preconsciente, lo que Lacan dijo sobre la ciencia. “Una ideología de la supresión del sujeto”; la incompatibilidad entre las ciencias de la positividad (naturales) y las ciencias de la negatividad (sociales o humanas o conjeturales o como prefieran llamarlas). El psicoanálisis que pone en acción a un no-saber, un permanente indagar; ¿es ciencia? Sí y no; es la ciencia de los hechos y experiencias que no pueden alimentar a ningún ordenador, el excedente, el suplemento, lo inasimilable al número y al dato “objetivo” que alimenta a cualquier ordenador que se respete. Insisto: El inconsciente es impermeable al cálculo y a las predicciones.

Es en este punto donde en 2020 debemos indagar y ahondar en la subjetividad del ser psicológico con sus complementos instrumentales, con sus dispositivos colocados fuera del cuerpo, exosomáticos, todas esas prótesis que sin duda forman una parte esencial e indisociable de nuestro ser singular y social. Ese sujeto (cada uno de nosotros) que supone ser un espectador del mundo que hay en su derredor pero que sabe, a su vez, que no es él quien mira con sus ojos, el que oye, palpa, huele, toca y gusta sino que está supeditado al Otro que le da a ver, oler, etc. y que es ese Otro el que lo observa, lo mide, lo evalúa, lo cuantifica y lo calcula. Para ese Otro ubicuo y omnipresente él, cada sujeto, tú y yo, inmersos en la realidad que nos asedia, es el espectáculo y no solo el espectáculo sino la marioneta manejada por ese deus ex machina que es el conjunto integrado de todos los ordenadores (computadoras las llamamos en México) que lo inducen a pensar, a vivir y hasta a soñar siguiendo determinadas pautas algorítmicas. Ese sujeto que se cree uno en el momento de votar en lo que curiosamente se llama democracia y que no es más que un punto en el espectáculo planetario de la predicción calculada. No vemos la realidad porque estamos inmersos en ella, en esa aletosfera como la llamó Lacan cuando vio el escenario montado alrededor del primer alunizaje humano. Lo trascendental no era el pie de Neil Armstrong ni la colocación de la bandera de los Estados Unidos en el satélite. Lo verdaderamente sustancial (y lo siniestro, unheimliche) de ese primer paso era que toda la humanidad, por vía de los aparatos de televisión tenía los ojos puestos en el mismo punto del espacio extraterrestre. Lo ominoso era el adelanto que la escena implicaba con respecto al mundo del futuro. Del hombriguero que reduce las posibilidades de la diferenciación singular.

Para que se den una idea de los temas que interesan a los neurocientíficos sociales les doy el título de los cuatro últimos artículos publicados en Social neuroscience de los meses de marzo y abril de 2020, o sea a lo que ellos se dedican mientras yo escribo esta presentación para Xalapa abogando por un nuevo libro de crítica a la psicología académica. Comparen, les pido, estos títulos con los que interesan a los estudiantes de psicología, o sea, a ustedes, y al psicoanalista. Esos cuatro artículos son:

* “Los mecanismos neurales de la amenaza y los esfuerzos de reconciliación entre musulmanes y no musulmanes”. 2) “El curso temporal de la vergüenza ajena (vicariante). Un estudio electrofisiológico”. 3) “La recuperación de la conducta prosocial en las ratas después de la autoadministración de heroína por vía de la activación quimiogenética de la zona cortical insular”. 4) “La restauración neurocognitiva de los procesos emocionales después de una intervención sociocognitiva en excombatientes colombianos”.

¿Deben los “neurocientíficos sociales” hacer esas investigaciones? ¡Por supuesto que sí! ¿Quién querría impedírselo? Ojalá saquen resultados positivos sobre todos esos temas. Pero, coincidirán conmigo, todas estas pesquisas son reduccionistas por su pretensión de eliminar nada menos que la parte social de las interacciones al buscar en mecanismos neuroelectrofisiológicos al sujeto de la interacción social… que resulta ser ese mismo sujeto de la ciencia, «el sujeto de una cadena matemática», en tanto ellos lo representan. Casi me atrevería a decir, parafraseando a Lacan: la ciencia es un perpetuo intento de evadirse de uno mismo como sujeto de la ciencia abriendo el paso a un sujeto incorpóreo. Fenómenos tan conocidos como “la pena ajena”, la alegría por el fracaso del otro, la conmiseración, el prejuicio racial, etc., son temas capitales… pero la metodología de la investigación que se utiliza deja afuera al sujeto mismo para abocarse a lo que sucede en las conexiones neurológicas.

Es hora de ir cerrando este largo avance propedéutico acerca de un libro que debería escribirse. Un libro que aborde la psicología académica en estos tiempos de exorbitante expansión tecnológica que cambia la faz del mundo y, por lo tanto, que requiere de procesos específicos de producción de los sujetos para esa civilización, la del llamado “antropoceno”, que debe vivir con las consiguientes amenazas de la destrucción ecológica, las pandemias, la decapitación por guillotina del pensamiento crítico, la ausencia de programas realizables de cambio social que tengan en cuenta las necesidades y aspiraciones de la mayoría, la guerra cada vez más impersonal donde al enemigo se lo hace desparecer por telecomando (drones) sin que se haya disuelto la amenaza nuclear, la reducción al estado de miseria física y mental de los habitantes de los países “pobres” a los que el jefe del más poderoso de los estados nacionales ha llamado “países letrina”, (shithouse countries), países de mierda, que no avizoran otro porvenir que el de escapar de sus ambientes desolados, desertificados, privados de sus recursos naturales, etc.

Un libro que no descuide las relaciones entre la vida social, es decir, lo político, y el sujeto del inconsciente tal cual se revela en la experiencia clínica del psicoanálisis, centrada en la escucha y la lectura sintomal del sujeto explorado con los métodos y en el marco del dispositivo analítico. Por lo tanto, un libro que en muy poco repetirá al antiguo pero que insistirá en la relación entre la infraestructura económica, tecnoeconómica diríamos ahora para mayor precisión, las superestructuras jurídico-políticas (teorías del derecho, del estado, de las llamadas “leyes del mercado”) y las posiciones subjetivas de los sujetos que resultan de esas modalidades de la vida en la cultura. No hablaríamos ya de la ideología y mucho menos la enfrentaríamos con la ciencia, sino que nos concentraríamos en esos dos polos dialécticos de la subjetividad que son el deseo y el goce. Un libro que denuncie en la psicología académica el intento de reducir lo psíquico a lo cerebral, por una parte y, por otra, la implementación de métodos y procedimientos para la manipulación de la conciencia y del inconsciente por medio de adocenadas técnicas y discursos que se esconden bajo el manto de la llamada “psicología cognitivo-conductual”.